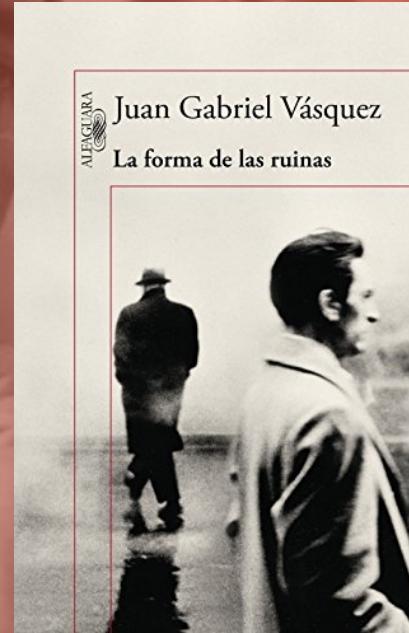


La Escalera

Lugar de lecturas



Visitas al territorio de Vásquez



I. El hombre que hablaba de fechas infaustas

La última vez que lo vi, Carlos Carballo estaba subiendo laboriosamente a una furgoneta policial, las manos esposadas detrás de la espalda y la cabeza hundida entre los hombros, mientras una leyenda en lo bajo de la pantalla informaba de las razones de su arresto: haber intentado robar el traje de paño de un político asesinado. Fue una imagen fugaz, capturada por casualidad en uno de los noticieros de la noche, después del acoso vocinglero de las propagandas y poco antes de las noticias deportivas, y recuerdo haber pensado que miles de televidentes compartían conmigo ese momento, pero que sólo yo hubiera podido decir sin mentira que no estaba sorprendido. El lugar era la antigua casa de Jorge Eliécer Gaitán, ahora convertida en museo, adonde llegan cada año ejércitos de visitantes para entrar en contacto breve y vicario con el crimen político más célebre de la historia colombiana. El traje de paño era el que Gaitán llevaba el 9 de abril de 1948, el día en que Juan Roa Sierra, un joven de vagas simpatías nazis, que había coqueteado con sectas rosacrucianas y solía conversar con la Virgen María, lo esperó a la salida de su oficina y le disparó cuatro tiros a pocos pasos de distancia, en medio de la calle concurrida y a plena luz del mediodía bogotano. Las balas dejaron orificios en el saco y en el chaleco, y la gente que lo sabe visita el museo sólo para ver esos oscuros círculos de vacío. Carlos Carballo, hubiera podido pensarse, era uno de aquellos visitantes.

Esto ocurría el segundo miércoles de abril del año 2014. Al parecer, Carballo había llegado al museo a eso de las once de la mañana, y durante varias horas se le vio dando vueltas por la casa

como un feligrés en trance, o de pie con la cabeza ladeada frente a los libros de Derecho Penal, o viendo el documental cuyos fotogramas de tranvías en llamas y gente iracunda con el machete en alto se presentan y se vuelven a presentar a lo largo del día. Esperó la partida de los últimos estudiantes de uniforme para subir al segundo piso, donde una vitrina guarda a la vista de todos el traje que llevaba Gaitán el día de su asesinato, y entonces comenzó a reventar el vidrio grueso a golpes de manopla. Alcanzó a poner la mano sobre el hombro del saco azul medianoche, pero no tuvo tiempo de nada más: el vigilante del segundo piso, alertado por el estallido, le apuntaba con su pistola. Carballo se dio cuenta entonces de que se había cortado con los vidrios rotos de la vitrina, y comenzó a lamerse los nudillos como un perro de la calle. Pero no parecía demasiado preocupado. En televisión, una jovencita de camisa blanca y falda escocesa lo resumió así:

«Era como si lo hubieran agarrado pintando en la pared».

Todos los periódicos de la mañana siguiente hicieron referencia al robo frustrado. Todos se sorprendieron, con su hipócrita sorpresa, de que el mito de Gaitán siguiera despertando estas pasiones sesenta y seis años después de los hechos, y algunos compararon por enésima vez el asesinato de Gaitán con el de Kennedy, del cual se había cumplido medio siglo el año anterior sin que su poder de fascinación hubiera disminuido en lo más mínimo. Todos recordaron, por si hiciera falta, las consecuencias imprevisibles del asesinato: la ciudad incendiada por las protestas populares, los francotiradores apostados en las azoteas que disparaban sin orden ni criterio, el país en guerra de los años siguientes. La misma información se repetía por todas partes, con más o menos matices y más o menos melodrama y acompañada de más o menos imágenes, incluidas aquellas en que la turba furiosa, que acaba de linchar al asesino, arrastra su cuerpo semidesnudo por la calzada de la carrera séptima, en dirección al Palacio Presidencial; pero en ningún medio pude encontrar una especulación, por gratuita que fuera, sobre las verdaderas razones por las que un hombre que no está loco decide

irrumpir en una casa protegida y llevarse por la fuerza la ropa agujereada de un muerto célebre. Nadie se hizo esa pregunta, y nuestra memoria mediática fue olvidando poco a poco a Carlos Carballo. Ahogados por las violencias de todos los días, que no dan tiempo ni para sentir desánimo, los colombianos dejaron que aquel hombre inofensivo se fuera diluyendo como una sombra en la tarde. Nadie volvió a pensar en él.

Es su historia, en parte, lo que quiero contar. No puedo decir que lo haya conocido, pero tuve con él un grado de intimidad que sólo consiguen quienes han tratado de engañarse. Sin embargo, para emprender este relato (que preveo a la vez prolífico e insuficiente) debo hablar primero del hombre que nos presentó, pues lo que me ocurrió después sólo tiene sentido si refiero las circunstancias en que llegó a mi vida Francisco Benavides. Ayer, caminando por los lugares del centro bogotano donde ocurrieron algunos de los hechos que voy a explorar en este informe, tratando de confirmar una vez más que nada se me ha escapado en su dolorosa reconstrucción, me descubrí preguntándome en voz alta cómo he llegado a saber estas cosas sin las cuales tal vez estaría mejor: cómo he llegado a pasar tanto tiempo pensando en estos muertos, viviendo con ellos, hablando con ellos, escuchando sus lamentos y lamentándome, a mi turno, de no poder hacer nada para aliviar su sufrimiento. Y me maravilló que todo hubiera comenzado con ciertas palabras ligeras, las que ligeramente pronunció el doctor Benavides para invitarme a su casa. En ese instante creí que aceptaba por no hurtarle mi tiempo a quien me había dedicado el suyo en un momento difícil, de manera que la visita sería un mero compromiso, una de tantas intrascendencias en que se nos va la vida. No podía saber cuánto me equivocaba, pues lo ocurrido aquella noche puso a andar una maquinaria de espanto que sólo se detendría con este libro: este libro escrito como expiación de crímenes que, aunque no he cometido, he acabado por heredar.

Francisco Benavides era uno de los cirujanos más reputados del país, un buen bebedor de whisky de malta y un lector voraz, aunque se preocupara por subrayar que le interesaba más la historia que las cosas inventadas, y si había llegado a leer una novela mía, con menos gusto que estoicismo, era sólo debido al sentimentalismo que le provocaban sus pacientes. Yo no era, estrictamente hablando, paciente suyo, pero fue un asunto de salud lo que nos puso en contacto por primera vez. Una noche de 1996, pocas semanas después de haberme instalado en París, yo intentaba descifrar un ensayo de Georges Perec cuando noté una presencia extraña debajo del maxilar izquierdo, parecida a una canica por dentro de la piel. La canica se agrandó en los días siguientes, pero la concentración en mi cambio de vida, en desentrañar las reglas de la nueva ciudad y tratar de encontrar mi lugar en ella, me impidió percatarme de la transformación. En cuestión de días, ya tenía un ganglio tan inflamado que me deformaba la cara; la gente de la calle me miraba con lástima, y una compañera de estudios dejó de saludarme por miedo a contagiarse de alguna enfermedad ignota. Empezaron los exámenes; una legión entera de médicos parisinos fue incapaz de realizar un diagnóstico correcto; uno de ellos, de cuyo nombre no quiero acordarme, se atrevió a sugerir la posibilidad de un cáncer linfático. Fue entonces cuando mi familia acudió a Benavides para preguntarle si eso era posible. Benavides no era oncólogo de profesión, pero durante los últimos años se había dedicado a acompañar a enfermos terminales: una suerte de labor privada que realizaba por su propia cuenta y sin retribución ninguna. De manera que, aunque hubiera sido irresponsable hacer un diagnóstico sobre alguien que estaba del otro lado del océano, y más en aquella época previa a los teléfonos que mandan fotos y a las cámaras integradas a los computadores, Benavides fue generoso con su tiempo, sus conocimientos y sus intuiciones, y su apoyo trasatlántico me resultó casi tan útil como lo hubiera sido un

diagnóstico definitivo. «Si usted tuviera lo que están buscando», me dijo una vez por teléfono, «ya lo hubieran encontrado». La enrevesada lógica de la frase fue como un salvavidas que se le tira a quien se ahoga: uno lo agarra sin preguntarse si estará pinchado por dentro.

Al cabo de algunas semanas (que pasé en un tiempo sin tiempo, conviviendo con la posibilidad muy concreta de que se me estuviera acabando la vida a mis veintitrés años, pero tan adormilado por el golpe que ni siquiera podía sentir verdadero miedo o verdadera tristeza), un generalista al que conocí por casualidad en Bélgica, miembro de Médicos Sin Fronteras y recién llegado de los horrores de Afganistán, necesitó una sola mirada para diagnosticarme una forma de tuberculosis ganglionar que había desaparecido de Europa y sólo podía encontrarse (me explicaron sin usar las comillas que ahora usaré yo) en el «tercer mundo». En un hospital de Lieja me internaron, me recluyeron en una sala oscura, me hicieron un examen que hacía arder la sangre, me anestesiaron y me abrieron el lado derecho de la cara, debajo del maxilar, para sacarme un ganglio y ponerlo en cultivo; al cabo de una semana, el laboratorio confirmó lo que había dicho el recién llegado sin necesidad de tantas pruebas tan costosas. Seguí durante nueve meses un tratamiento triple de antibióticos que coloreaban mi orina de un chirriante matiz naranja; el ganglio inflamado se fue reduciendo; una mañana sentí una humedad en la almohada, y me di cuenta de que algo había estallado. Después de eso, los contornos de mi cara volvieron a la normalidad (salvo por dos cicatrices: una discreta y la otra, producto de la cirugía, más notoria) y pude por fin dejar aquel asunto atrás, aunque en todos estos años no haya logrado olvidarlo por completo, pues allí están las cicatrices para recordármelo. La sensación de estar en deuda con el doctor Benavides no me abandonó jamás. Y lo único que se me ocurrió cuando nos vimos por primera vez, nueve años más tarde, fue que nunca le había dado las gracias como correspondía. Tal vez a eso se debió que aceptara con tanta facilidad su entrada en mi vida.

Nos encontramos por casualidad en la cafetería de la clínica Santa Fe. Mi esposa y yo llevábamos quince días internos, tratando de lidiar como mejor pudiéramos con la emergencia que nos había obligado a extender nuestra estadía en Bogotá. Habíamos aterrizado a comienzos de agosto, el día después de la fiesta de la Independencia, con la intención de pasar las vacaciones del verano europeo en compañía de nuestras familias y regresar a Barcelona a tiempo para la fecha del parto. El embarazo había llegado a la semana veinticuatro en total normalidad, lo cual agradecíamos todos los días: sabíamos desde el principio que un embarazo gemelar entraña por definición en la columna llamada de alto riesgo. Pero la normalidad se rompió un domingo, cuando, después de una noche de incomodidades y dolores extraños, visitamos al doctor Ricardo Rueda, el especialista en entuertos reproductivos que nos había acompañado desde el principio. Tras una ecografía cuidadosa, el doctor Rueda nos dio la noticia.

«Váyase para la casa y traiga ropa», me dijo. «Su esposa se queda aquí guardada hasta nueva orden».

Nos explicó lo que ocurría con el tono y las maneras de quien anuncia un incendio en una sala de cine: hay que transmitir la gravedad del asunto, pero no tanto como para que la gente se mate en la estampida. Describió en detalle lo que significaba la insuficiencia cervical, le preguntó a M si había tenido contracciones y terminó comunicándonos la necesidad de operar de urgencia, para retrasar el proceso irreversible en que habíamos entrado sin saberlo. Enseguida dijo —encontrando un fuego, tratando de evitar una estampida— que el parto prematuro era una realidad inevitable; ahora se trataba de ver cuánto tiempo podíamos ganar en medio de una situación tan adversa, y de ese tiempo dependían las posibilidades de supervivencia de mis hijas. En otras palabras: habíamos entrado en una carrera contra el calendario, y sabíamos que los riesgos, si la perdíamos, eran de esos que destruyen vidas. A partir de ahí, cada decisión tuvo por objetivo retrasar el parto. Para cuando comenzó septiembre, M llevaba dos semanas recluida

en una habitación del primer piso de la clínica, acostada con prohibición total de moverse y sometida a exámenes diarios que habían puesto a prueba nuestra resistencia, nuestro valor y nuestros nervios.

La rutina de los días se construía alrededor de inyecciones de cortisona para madurar los pulmones de mis hijas nonatas, tomas de sangre tan frecuentes que pronto no le quedaron a mi esposa puntos vírgenes en los antebrazos, ecografías infernales que podían durar hasta dos horas y en las cuales se determinaba la salud de los cerebros, de las columnas vertebrales, de los dos corazones cuyo ritmo acelerado nunca marchaba al unísono. No era menos atareada la rutina de la noche. Las enfermeras entraban en cualquier momento a tomar datos y a hacer preguntas, y la falta de un sueño continuo, además del estado de tensión en que vivíamos, nos volvía irritables. M había comenzado a tener contracciones que no sentía; para reducirlas (nunca supe si en intensidad o en frecuencia) empezó a recibir una droga llamada Adalat, la responsable, según nos explicaban, de que tuviera violentos accesos de calor que me obligaban a abrir de par en par la ventana de la habitación y a dormir bajo el frío inclemente de las madrugadas bogotanas. A veces, ya espantado el sueño por el frío o por las visitas de las enfermeras, me iba a dar una vuelta por la clínica desierta; me sentaba en los sofás de cuero de las salas de espera, si encontraba un lugar iluminado, y leía algunas páginas de *Lolita* en una edición desde cuya cubierta me observaba Jeremy Irons; o me dejaba ir por los corredores penumbrosos, a esas horas en que la clínica apagaba la mitad de las luces de neón, caminando de la habitación a la zona de neonatología y de allí a la sala de espera de las cirugías ambulatorias. En esas caminatas nocturnas por corredores blancos trataba de recordar las últimas explicaciones recibidas de los médicos, y de fijar los riesgos que correrían las niñas si el parto sucediera en ese instante; luego hacía cuentas mentales del peso que las niñas habían ganado en los últimos días y del tiempo que tardarían en ganar el mínimo necesario para la

supervivencia, y me desconcertaba que mi bienestar consistiera en ese obstinado conteo de gramos. Trataba, eso sí, de no alejarme demasiado de la habitación, y en todo caso de mantener el teléfono en la mano, no en algún bolsillo, para estar seguro de oír su timbre. Y lo miraba con frecuencia: para confirmar que tenía cobertura, que la señal era buena, que mis hijas no nacerían en mi ausencia por falta de cuatro líneas negras en el pequeño firmamento gris de una pantalla líquida.

Fue durante una de esas excusiones nocturnas cuando reconocí al doctor Benavides, o más bien se hizo él reconocer por mí. Yo revolvía tediosamente mi segundo café con leche, sentado en una de las mesas del fondo de la cafetería siempre abierta, lejos de un grupo de estudiantes que estarían tomándose un descanso en medio del turno de la noche (que en mi ciudad siempre es ajetreado, lleno de pequeñas o grandes violencias); en mi libro, Lolita y Humbert Humbert comenzaban su travesía por Estados Unidos, de Motel Funcional en Motel Funcional, llenando parqueaderos con lágrimas y amores ilícitos, poniendo la geografía en movimiento. El hombre se me acercó, se presentó sin aspavientos y me preguntó dos cosas: primero, si me acordaba de él; luego, en qué había terminado todo lo de mis ganglios. Antes de que yo pudiera contestar, se había sentado con su propia taza de café bien agarrada entre ambas manos, como si alguien fuera a quitársela de repente. No era uno de esos vasos plásticos de campo de refugiados que nos daban a los demás, sino una sólida taza de cerámica pintada de azul oscuro; el logo de una universidad se asomaba desesperadamente tras las palmas pequeñas, tras los dedos entreabiertos.

«¿Y qué hace por aquí a esta hora?», me preguntó.

Le di un resumen apretado: las amenazas de parto prematuro, el número de semanas, los pronósticos. Pero descubrí que no tenía demasiadas ganas de hablar del tema, así que me adelanté a cualquier comentario. «¿Y usted?», le pregunté.

«Visitando a un paciente», me dijo.

«¿Y qué tiene su paciente?»

«Mucho dolor», fue su síntesis brutal. «Vine para ver qué puedo hacer para ayudarlo». Entonces cambió de tema, pero no me pareció que estuviera evitando darme una respuesta: Benavides no era el tipo de persona que rehúye hablar del dolor. «Leí su novela, la de los alemanes», dijo. «Quién me lo iba a decir: el paciente me salió escritor».

«Quién se lo iba a decir».

«Y además escribe cosas para viejos».

«¿Cosas para viejos?»

«Cosas de los años cuarenta. Cosas de la Segunda Guerra. El 9 de abril, todo eso».

Se refería al libro que yo había publicado el año anterior. Su origen se remontaba a 1999, cuando conocí a Ruth de Frank, una mujer alemana y judía que, tras escapar de la debacle europea y llegar a Colombia en 1938, vio cómo el gobierno colombiano, aliado de los Aliados, rompía relaciones diplomáticas con los países del Eje y empezaba a recluir a los ciudadanos enemigos —propagandistas o simpatizantes de los fascismos europeos— en hoteles campestres de lujo convertidos en campos de confinamiento. A lo largo de tres días de interrogatorios, tuve el placer y el privilegio de que esta mujer memoriosa me contara su vida casi entera, y fui anotándola en los cuadrados de papel demasiado pequeños de un bloc de notas: lo único que encontré a mano en el hotel de tierra caliente donde nos conocimos. En el barullo apasionante de la vida de Ruth de Frank, que recorría dos continentes y más de siete décadas, resaltaba una anécdota en particular: el momento en que su familia de judíos escapados, tras una de esas crueles ironías de la historia, había acabado perseguida también en Colombia, *por el hecho de ser alemana*. Ese malentendido (pero *malentendido* es una palabra desafortunada y frívola) se convirtió en el primer pálpito de una novela que titulé *Los informantes*; y la vida y recuerdos de Ruth de Frank se convirtieron, distorsionados como siempre distorsiona la ficción, en los de un

personaje fundamental de la novela, una suerte de brújula moral del mundo ficticio: Sara Guterman.

Pero la novela hablaba de muchas otras cosas. Puesto que su centro estaba en los años cuarenta, era inevitable que en algún momento la historia o sus personajes se encontraran con los acontecimientos del 9 de abril de 1948. Los personajes de *Los informantes* hablaban de aquel día nefasto; el padre del narrador, profesor de Oratoria, no podía recordar sin admiración los discursos sobrenaturales de Gaitán; en un par de páginas breves, el narrador iba al centro bogotano y visitaba el lugar del crimen, como he hecho yo muchas veces, y Sara Guterman, que lo acompañaba ese día, se agachaba en un momento para tocar los rieles del tranvía que todavía recorría la carrera séptima en los años cuarenta. En el silencio blanco de la cafetería nocturna, cada uno frente a su taza de café, el doctor me confesó que había sido esa escena —una mujer de edad bajando a la calzada frente al lugar donde Gaitán cayó abaleado y tocando los rieles del tranvía extinto como si le tomara el pulso a un animal herido— la que lo llevó a buscarme. «Es que yo también he hecho eso», me dijo.

«¿Qué cosa?»

«Ir al centro. Parame frente a las placas. Hasta agacharme para tocar los rieles». Hizo una pausa. Luego: «¿A usted de dónde le viene la vaina?»

«No sé», le dije. «De toda la vida. Uno de mis primeros cuentos fue sobre el 9 de abril. No se publicó nunca, por fortuna. Sólo me acuerdo de que caía nieve al final».

«¿En Bogotá?»

«En Bogotá, sí. Sobre el cuerpo de Gaitán. Sobre los rieles».

«Ya veo», dijo. «Con razón no me gusta leer cosas inventadas».

Así fue como comenzamos a hablar del 9 de abril. Me llamó la atención que Benavides no se refiriera al *Bogotazo*, el mote grandilocuente que los colombianos le pusimos hace mucho tiempo a aquel día legendario. No: Benavides daba siempre la fecha, y a veces completa con su año, como si se tratara del nombre y apellido

de alguien que merece respeto, o como si utilizar el mote fuera un comportamiento de intolerable familiaridad: después de todo, uno no se permitía confiancitas con los hechos venerables de nuestro pasado. Comenzó a contarme anécdotas, y yo traté de no ser menos. Él me habló de los investigadores de Scotland Yard que el gobierno contrató en 1948 para supervisar las investigaciones, y de la breve correspondencia que mantuvo muchos años después con uno de ellos: un tipo muy cortés que recordaba con indignación fresca los días remotos de su visita a Colombia, cuando el gobierno les pedía resultados diarios a los investigadores y al mismo tiempo parecía ponerles todos los obstáculos del mundo. Yo, por mi parte, le hablé de mi conversación con Leticia González, tía de mi esposa, cuyo marido, Juan Roa Cervantes, fue perseguido por una pequeña banda de liberales con machete que lo confundieron con el asesino homónimo; cuando lo conocí, él mismo me habló de esos días de angustia, pero lo que más recordaba (esforzándose visiblemente por contener las lágrimas) era el castigo que le infligieron los gaitanistas confundidos: el incendio de su biblioteca.

«Qué nombrecito para tener ese día», dijo Benavides.

Entonces me habló del relato que le hizo Hernando de la Espriella, un paciente costeño que se encontraba en Bogotá cuando estallaron los desórdenes, y que pasó la primera noche boca abajo sobre un montón de cadáveres para evitar que lo mataran a él también; y yo le hablé de mi visita a la casa de Gaitán, cuando ya la habían convertido en museo y uno podía ver su vestido azul medianoche, expuesto sobre un maniquí sin cabeza en una vitrina de vidrio, con los huecos de las balas en el paño (dos o tres, ya no recuerdo) a la vista de todo el mundo... Durante quince o veinte minutos nos quedamos allí, en la cafetería de la cual los estudiantes de turno se habían ido, intercambiando anécdotas como los niños intercambian las monas de un álbum de fútbol. Pero el doctor Benavides tuvo en cierto momento la sensación de ser inoportuno o de estar interrumpiendo mi tiempo de silencio. Esa impresión me dio: que Benavides, como todos los médicos que han vivido

alrededor del dolor o la preocupación ajenos, sabía que los pacientes o sus allegados necesitan ratos de soledad, de no hablar con nadie y que nadie hable con ellos. Y entonces se despidió.

«Yo vivo cerca, Vásquez», me dijo al estrecharme la mano. «Cuando quiera hablar del 9 de abril, pásese por mi casa, se toma un whisky y le cuento cosas. Yo de ese tema no me cansas nunca».

Me quedé un rato pensando que hay gente así en Colombia: gente para la cual hablar del 9 de abril es lo mismo que para otros jugar al ajedrez o al king, o hacer crucigramas o tejido de punto, o acumular estampillas. Ya quedan pocos, todo sea dicho: se han ido extinguiendo sin renovarse ni dejar herederos ni hacer escuela, vencidos por la amnesia irredenta que siempre ha agobiado a este pobre país. Pero existen todavía, y es normal, pues el asesinato de Gaitán —el abogado de origen humilde que había llegado a las cimas de la política y estaba llamado a salvar a Colombia de sus propias élites despiadadas, el orador brillante capaz de mezclar en sus discursos las influencias irreconciliables de Marx y de Mussolini — es parte de nuestras mitologías nacionales, como puede serlo para un norteamericano el asesinato de Kennedy o el 23 de febrero para un español. Como todos los colombianos, yo crecí oyendo que a Gaitán lo habían matado los conservadores, que lo habían matado los liberales, que lo habían matado los comunistas, que lo habían matado los espías extranjeros, que lo había matado la clase obrera al sentirse traicionada, que lo había matado la oligarquía al sentirse amenazada; y muy pronto acepté, como hemos aceptado todos con el tiempo, que el asesino Juan Roa Sierra fue sólo el brazo armado de una conspiración silenciada exitosamente. Acaso sea ésta la razón de mi obsesión por ese día: nunca he sentido la devoción incondicional que otros sienten por la figura de Gaitán, que me parece más penumbrosa de lo que se admite; pero sé que este país sería un mejor lugar si no lo hubieran matado, y sobre todo podría mirarse con más gusto al espejo si el asesinato no continuara impune tantos años después.

El 9 de abril es un vacío en la historia colombiana, sí, pero es otras cosas además: un acto solitario que mandó a todo un pueblo a una guerra sangrienta; una neurosis colectiva que nos ha servido para desconfiar de nosotros mismos durante más de medio siglo. En el tiempo transcurrido desde el crimen los colombianos hemos intentado, sin éxito, comprender lo que ocurrió ese viernes de 1948, y muchos lo han convertido en un entretenimiento más o menos serio y han consumido así sus energías. También hay norteamericanos —yo conozco a varios— que se pasan la vida entera hablando del asesinato de Kennedy, de sus detalles y sus pormenores más recónditos, gente que sabe de qué marca eran los zapatos de Jackie el día del crimen, gente que puede recitar frases enteras del informe Warren. Y sí: también hay españoles —no conozco a muchos, pero sí a uno, y con él me basta— que no dejan nunca de hablar del fallido golpe del 23 de febrero de 1981 en el Congreso de los Diputados en Madrid, y que podrían encontrar con los ojos cerrados los huecos de los tiros en el techo del hemiciclo. Hay gente igual en todo el mundo, me imagino yo, gente que responde así a las conspiraciones de sus países: convirtiéndolas en un relato que se cuenta y se vuelve a contar, como las fábulas de niños, y también en un lugar de la memoria o la imaginación, un lugar virtual al que vamos para hacer turismo, revivir nostalgias o tratar de encontrar algo que se nos ha perdido. El doctor, según me pareció entonces, era parte de esa gente. ¿Lo sería yo también? Benavides me había preguntado *de dónde me venía la vaina*, y yo le había hablado de un cuento que escribí en mis años universitarios. Pero no le hablé de lo que dio origen al cuento ni del momento en que lo escribí. No había recordado nada de eso en mucho tiempo, y me sorprendió que fuera ahora, en medio de un presente acosador, cuando decidieran volver esas memorias.

Eran los días arduos de 1991. Desde abril de 1984, cuando el narcotraficante Pablo Escobar hizo asesinar al ministro de Justicia

Rodrigo Lara Bonilla, una guerra entre el cartel de Medellín y el Estado colombiano se había tomado mi ciudad por asalto o la había convertido en su teatro de operaciones. Las bombas estallaban en lugares cuidadosamente escogidos por los narcos con el propósito de matar a ciudadanos anónimos que no hacían parte de la guerra (salvo que todos hacíamos parte de la guerra, y había sido una inocencia y una ingenuidad creer lo contrario). En vísperas de un Día de la Madre, por poner un ejemplo, dos atentados en centros comerciales bogotanos dejaron veintiún muertos; una bomba en la plaza de toros de Medellín —es otro ejemplo— dejó veintidós. Las explosiones marcaban el calendario. Con el paso de los meses empezamos a entender que no estábamos libres de riesgo, ninguno de nosotros, porque a cualquiera le podía tocar una bomba en cualquier momento y en cualquier lugar. Los espacios de los atentados, por una especie de atavismo que apenas descubríamos, quedaban vedados para los caminantes. Trozos de la ciudad se iban perdiendo para nosotros o convirtiéndose, cada uno de ellos, en un *memento mori* de cemento y ladrillo, y al mismo tiempo empezábamos a asomarnos a esa revelación todavía tímida: que un nuevo tipo de azar (del azar que nos separa de la muerte, que es, junto al azar del amor, el más considerable de todos y también el más impertinente) había entrado en nuestras vidas con la forma invisible y sobre todo impredecible de una onda explosiva.

Mientras tanto, yo había comenzado mis estudios de Derecho en una universidad del centro bogotano, un viejo claustro del siglo XVII que sirvió de cárcel para los revolucionarios de la Independencia, por cuyas escaleras bajó alguno hacia el cadalso y cuyas aulas de muros gruesos habían producido varios presidentes, no pocos poetas y, en ciertos casos malhadados, algunos presidentes poetas. En las clases no se hablaba apenas de lo que sucedía afuera: discutíamos si un grupo de espeleólogos, atrapados en una cueva, tienen derecho a comerse unos a otros; discutíamos si Shylock, en *El mercader de Venecia*, tenía derecho a quitarle a Antonio una libra de carne de su cuerpo, y si era legítimo que Portia le impidiera

hacerlo mediante un tecnicismo barato. En otras clases (en la mayor parte de las clases) me aburría con un aburrimiento casi físico, una suerte de inquietud en el pecho, similar a un leve ataque de ansiedad. Durante los tedios inefables de Procesal o de Bienes comencé a ocupar los pupitres de la última fila del aula, y allí, protegido por los cuerpos abigarrados de los otros, sacaba un libro de Borges o de Vargas Llosa, o de Flaubert por recomendación de Vargas Llosa, o de Stevenson o Kafka por recomendación de Borges. Muy pronto llegué a la conclusión de que no valía la pena asistir a clase para poner en escena ese elaborado ritual de impostura académica; empecé a faltar, a perder mi tiempo jugando billar y hablando de literatura, o escuchando grabaciones de poesía de León de Greiff o de Pablo Neruda en el salón de los sofás de cuero de la Casa Silva, o caminando por los alrededores de mi universidad, sin rutina ni método ni rumbo fijo, yendo de los emboladores de la plaza al café que había junto al Chorro de Quevedo, de las bancas ruidosas del parque Santander a las recluidas y calladas del Palomar del Príncipe, o del Centro Cultural del Libro, con sus locales de un metro cuadrado y sus libreros hacinados que podían conseguir todas las novelas del *boom* latinoamericano, al Templo de la Idea, una casona de tres pisos donde se empastaban bibliotecas privadas y uno podía sentarse en las escaleras a leer libros ajenos en medio del olor a pegamento y del escándalo de las máquinas. Redacté cuentos abstractos con los desmanes poéticos de *Cien años de soledad*, y otros en que imitaba la puntuación de saxofonista de Cortázar en «Bestiario», digamos, o en «Circe». A finales del segundo año de carrera comprendí algo que llevaba varios meses incubándose: que mis estudios de Derecho no me interesaban ni me servirían de nada, pues mi única obsesión era leer ficción y, con el tiempo, aprender a escribirla.

Uno de esos días, algo sucedió.

En una clase de Historia de las Ideas Políticas, hablábamos de Hobbes o de Locke o de Montesquieu cuando sonaron dos detonaciones en la calle. Nuestra aula quedaba en el octavo piso de

un edificio que daba a la carrera séptima; desde nuestra ventana se tenía una vista privilegiada de la calzada y la acera occidental. Yo estaba sentado en la última fila, con la espalda contra la pared, y fui el primero en levantarme para mirar por la ventana: y ahí, en la acera, frente a las vitrinas de la papelería Panamericana, estaba tirado el cuerpo que acababa de recibir los tiros y que ya se desangraba a la vista de todos. Busqué al tirador con la mirada, sin éxito: nadie parecía llevar una pistola en la mano, nadie parecía correr para esfumarse tras una esquina cómplice, y de cualquier manera no había cabezas giradas en la dirección de quien huye, ni miradas curiosas ni dedos que señalan, porque los bogotanos habían aprendido ya a no meterse en asuntos ajenos. El herido llevaba traje de oficina pero no corbata; el saco de paño se le había abierto al caer y dejaba a la vista la camisa blanca manchada de sangre. No se movía. Pensé: está muerto. Entonces dos transeúntes levantaron el cuerpo en vilo; alguien más se encargó de detener en la calzada una camioneta blanca de platón abierto. Pusieron el cuerpo en el platón y uno de los que lo habían levantado subió con él. Me pregunté si lo conocería o si lo habría reconocido en ese instante, si lo estaría acompañando en el momento de los tiros (si era su socio, por ejemplo, en quién sabe qué negocios incómodos) o si lo movían simplemente la solidaridad y la contagiosa lástima. Sin esperar a que cambiara a verde el semáforo de la avenida Jiménez, la camioneta blanca se liberó del tráfico, dobló bruscamente a la izquierda (entendí que llevaban al herido al hospital San José) y desapareció de mi vista.

Cuando acabó la clase, bajé caminando los ocho pisos hasta el claustro de la universidad y luego salí a la plazoleta del Rosario, donde se levanta la estatua del fundador de la ciudad, don Gonzalo Jiménez de Quesada, cuya armadura y cuya espada aparecen en mi memoria eternamente bañadas en mierda de palomas. Caminé por el callejón de la calle 14, que siempre está frío porque el sol le llega sólo en la mañana y nunca después de las nueve, y crucé la carrera séptima a la altura de la Panamericana. La mancha de

sangre brillaba en el andén como un objeto perdido; los transeúntes la rodeaban, la esquivaban, y uno hubiera podido creer que la sangre fresca de aquel hombre herido era un accidente del pavimento, y que la gente del centro lo había frecuentado desde tiempos inmemoriales, acostumbrándose a él, evitándolo al caminar sin darse cuenta. La mancha era del tamaño de una mano abierta. Me acerqué hasta tenerla entre mis pies, como para protegerla de las pisadas de los otros, y entonces hice exactamente eso: la pisé.

Lo hice con cuidado, con la puntera apenas de mi zapato, como un niño que mete los dedos al agua para probar la temperatura. El contorno limpio y bien definido de la mancha quedó estropeado. Entonces debí de sentir una súbita vergüenza, porque levanté la cara para ver si alguien me observaba y condenaba en silencio mi comportamiento (que algo tenía de irrespetuoso o profano), y me alejé de la mancha tratando de no hacer movimientos que llamaran la atención. A pocos pasos de allí estaban las placas de mármol que conmemoran el asesinato de Jorge Eliécer Gaitán. Me detuve a leerlas o a fingir que las leía; luego crucé la séptima por el andén de la Jiménez, le di la vuelta a la cuadra, entré al café Pasaje, pedí un tinto y usé la servilleta de papel para limpiarme la punta del zapato. Hubiera podido dejar la servilleta allí, en la mesa del café, debajo del plato de porcelana, pero preferí llevármela conmigo, cuidándome todo el tiempo de no tocar con la mano desnuda los restos secos de la sangre del hombre. Tiré la servilleta sucia en la primera caneca que vi. No le hablé a nadie al respecto, ni ese día ni los días que siguieron.

A la mañana siguiente, sin embargo, regresé al andén. La mancha ya no estaba; apenas quedaba su rastro sobre el gris del concreto. Me pregunté qué habría pasado con el hombre herido: si habría sobrevivido, si estaría ahora recuperándose en compañía de su esposa o sus hijos, o si habría muerto y en este mismo momento se estaría llevando a cabo su velatorio en algún lugar de la ciudad furiosa. Igual que el día anterior, di un par de pasos en dirección de la avenida Jiménez y me detuve frente a las placas de mármol, pero

esta vez las leí enteras, cada leyenda de cada una de las placas, y me di cuenta de que nunca lo había hecho antes. Gaitán, el hombre que había formado parte de las conversaciones de mi familia desde que yo tenía memoria, seguía siendo para mí virtualmente desconocido, una silueta paseándose por la vaga idea que yo me hacía de la historia colombiana. Esa tarde esperé al profesor Francisco Herrera a la salida de la clase de Oratoria y le pregunté si lo podía invitar a una cerveza para que me hablara del 9 de abril.

«Mejor a un café con leche», me dijo. «Que yo a mi casa no puedo llegar con tufo».

Francisco Herrera —Pacho, para los amigos— era un hombre delgado, de grandes gafas de pasta negra y fama de excéntrico, cuya voz de barítono no le impedía imitar a la perfección a casi cualquiera de nuestros políticos. Su materia principal era Filosofía del Derecho, pero su conocimiento de la retórica y sobre todo su talento de imitador le habían servido para organizar una clase vespertina en que se escuchaban y se desmontaban los grandes discursos de la oratoria política, desde Antonio en *Julio César* hasta Martin Luther King. No sin frecuencia, la clase acababa sirviendo de proemio para que algunos de sus alumnos lo acompañáramos a un café vecino y le cambiáramos sus mejores imitaciones por un carajillo, para curiosidad y diversión y a veces sarcasmos de las mesas vecinas. Las imitaciones de Gaitán se le daban especialmente bien, pues su nariz aguileña y su negro pelo engominado provocaban la ilusión de un parecido, pero además porque su conocimiento exhaustivo de la vida y obra de Gaitán, que le había permitido publicar una breve biografía en una editorial universitaria, llenaba cada una de las frases que pronunciaba con una precisión que más parecía de médium en una sesión de espiritismo: Gaitán volviendo a la vida por su boca. Una vez le dije eso: que cuando pronunciaba sus discursos, parecía que Gaitán lo hubiera poseído. Lo vi sonreír como sólo sonríe quien le ha dedicado su vida entera a una extravagancia y acaba de darse cuenta, medio sorprendido, de que no ha perdido el tiempo.

En la puerta del café Pasaje —íbamos entrando a la vez que salía un embolador con su cajón de madera bajo el brazo, y nos detuvimos para cederle el paso—, Pacho me preguntó de qué quería hablar.

«Quiero saber cómo fue exactamente», le dije. «Cómo fue el asesinato de Gaitán».

«Ah, entonces ni nos sentemos», dijo él. «Venga y le damos la vuelta a la cuadra».

Eso hicimos, y lo hicimos sin mediar palabra, los dos caminando en silencio, bajando en silencio los escalones que la plazoleta tiene por el costado de la Jiménez, llegando en silencio a la esquina y en silencio esperando el momento para cruzar la séptima por entre el tráfico pesado. Pacho se movía con algo que parecía prisa y yo me esforzaba por seguirlo. Se comportaba como un hermano mayor que se ha ido de su casa y le muestra al menor, que viene a visitarlo, su nueva ciudad. Pasamos frente a las placas de mármol, y me sorprendió un poco que Pacho no se detuviera a mirarlas, que ni siquiera diera constancia de conocerlas con un movimiento de la cabeza, con una mano extendida. Llegamos al espacio que en ese año de 1948 ocupaba el edificio Agustín Nieto (me di cuenta de que estábamos a pocos pasos del lugar donde el día anterior había estado la mancha de sangre y hoy sólo quedaba su fantasma y su recuerdo) y Pacho me condujo a la puerta de vidrio de un local comercial. «Tóquela», me dijo.

Me tomó un instante entender lo que me decía. «¿Que toque la puerta?»

«Sí, toque la puerta», insistió Pacho, y yo obedecí. «Por aquí, por esta puerta, salió Gaitán el 9 de abril», continuó él. «Claro, no era esta misma puerta, porque tampoco era el mismo edificio: hace rato que demolieron el Agustín Nieto para construir este adefesio. Pero en este momento, aquí, para nosotros, esta puerta es la puerta por donde salió Gaitán, y usted la está tocando. Era la una de la tarde, más o menos, y Gaitán se iba a almorzar con un par de

amigos. Estaba de buen humor. ¿Sabe por qué estaba de buen humor?»

«No, Pacho», le dije. Una pareja salió del edificio y se quedó mirándonos un instante. «Explíqueme por qué».

«Porque la noche anterior había ganado un juicio. Por eso, por eso estaba contento».

La defensa del teniente Cortés, acusado de haber asesinado a balazos al periodista Eudoro Galarza Ossa, había sido menos un éxito judicial que un milagro en toda regla. Gaitán había pronunciado un discurso estremecedor, uno de los mejores de su vida, alegando que el teniente había matado al periodista, sí, pero que había obrado en legítima defensa del honor. El crimen había ocurrido diez años atrás. El periodista, director de un diario de Manizales, había permitido la publicación de un artículo en que se denunciaban los malos tratos que el teniente daba a su tropa; Cortés llegó un buen día al periódico y protestó por el artículo; cuando el director Galarza defendió a su reportero, que no había hecho más que decir la verdad, el teniente sacó la pistola y le pegó dos tiros. Y eso fue lo ocurrido. Pero Gaitán usó sus mejores armas retóricas para hablar de pasiones humanas, de honor militar, de sentido del deber, de defensa de los valores de la patria, de la proporcionalidad entre la agresión y la defensa, de cómo ciertas circunstancias deshonran al militar pero no al civil, de cómo un militar que defiende su honor está defendiendo también y al mismo tiempo a la sociedad entera. No me sorprendió que Pacho conociera de memoria el final de la defensa. Lo vi transformarse levemente, como lo había visto tantas otras veces, y oí su voz cambiada, la voz que ya no era la grave y densa de Francisco Herrera, sino la voz más aguda de Gaitán, con su honda respiración de metrónomo y sus marcadas consonantes y sus ritmos exaltados:

«Teniente Cortés: ¡no sé cuál será la respuesta del jurado, pero la multitud la espera y la siente! Teniente Cortés: usted no es mi defendido. Su noble vida, su doliente vida puede tenderme la mano,

¡que yo estrecho con la mía por saber que le estrecho la mano a un hombre de honor, de honradez y de bondad!»

«Honradez y bondad», dije yo.

«Qué maravilla, ¿no?», dijo Pacho. «Qué manipulación grosera, pero qué maravilla. O más bien: qué maravilla *precisamente* por ser una manipulación grosera».

«Grosera pero exitosa», dije.

«Exacto».

«Gaitán era un mago en eso».

«Un mago, sí», dijo Pacho. «Era un defensor de las libertades, pero acababa de sacar de la cárcel al asesino de un periodista. Y a nadie se le ocurrió que eso podía ser contradictorio. Moraleja: no hay que creerle nunca a un gran orador».

La multitud estalló en aplausos y sacó a Gaitán en hombros, como a un torero. Era la una y diez de la madrugada. Gaitán, cansado pero contento, acabó aceptando celebraciones obligatorias, brindando con propios y extraños y llegando a su casa a las cuatro de la mañana. Pero cinco horas después estaba ya de regreso en su oficina, impecablemente peinado y vestido con un traje de tres piezas: un traje azul oscuro, casi negro, con rayas blancas y muy delgadas. Recibió a algún cliente; aceptó llamadas de periodistas. Hacia la una de la tarde se habían reunido en la oficina de Gaitán algunos amigos que sólo querían felicitarlo: ahí estaban Pedro Eliseo Cruz, Alejandro Vallejo, Jorge Padilla. Uno de ellos, Plinio Mendoza Neira, invitó a todos los presentes a almorzar, pues lo de la noche anterior había que celebrarlo.

«Aceptado», dijo Gaitán con una carcajada. «Pero te advierto, Plinio, que yo cuestó caro».

«Bajaron en un ascensor que estaba más o menos ahí», me dijo Pacho, señalando la entrada del edificio (del adefesio). «El ascensor no siempre funcionaba, porque no siempre había luz en el Agustín Nieto. Ese día sí. Por ahí bajaron, mire». Yo miré. «Y salieron a la calle. Plinio Mendoza tomó a Gaitán del brazo, así». Pacho me tomó del brazo y me obligó a caminar hacia delante, alejándonos de la

puerta del edificio hacia la calzada de la carrera séptima. Desprotegida su voz por la pared entrante del edificio, Pacho tenía que hablar más fuerte y acercarse más a mí para imponerse al ruido del tráfico y de los transeúntes. «Allá, del otro lado de la calle, había un cartel del teatro Faenza. Estaban dando *Roma, ciudad abierta*, la película de Rossellini. Gaitán había estudiado en Roma, y no es imposible que el cartel le haya llamado la atención sólo por una breve asociación de ideas. Pero ya no lo sabremos nunca: no podemos saber lo que ocurre en la mente de un hombre antes de morir: qué memorias subterráneas, qué asociaciones de ideas. Sea como sea, pensando en Roma o no, pensando en Rossellini o no, Plinio Mendoza dio un par de pasos para alejarse de los demás amigos. Como si tuviera algo confidencial que discutir con Gaitán. ¿Y sabe qué? Tal vez lo tenía».

«Lo que tengo que decirte es muy corto», dijo Mendoza.

Entonces vio a Gaitán frenarse en seco, empezar a retroceder hacia la puerta y llevarse las manos a la cara, como para protegerse. Sonaron tres disparos seguidos; una fracción de segundo más tarde, sonó un cuarto. Gaitán se desplomó de espaldas.

«¿Qué te pasa, Jorge?», le dijo Mendoza.

«Qué pregunta tan estúpida», dijo Pacho. «Pero a ver a quién se le ocurre una más original en esos momentos».

«A nadie», dije yo.

«Mendoza alcanzó a ver al asesino», dijo Pacho, «y se le echó encima. Pero el asesino le apuntó con la pistola y Mendoza tuvo que retroceder. Pensó que también le iba a disparar y trató de regresar al edificio, a la puerta del edificio, para esconderse o protegerse».

Pacho me volvió a tomar del brazo. Regresamos a la desaparecida puerta del Agustín Nieto. Nos dimos la vuelta, mirando hacia el tráfico de la séptima, y Pacho levantó la mano derecha para señalar el espacio en el andén donde Gaitán estaba caído. De su cabeza se derramaba un hilillo de sangre sobre el pavimento. «Ahí estaba Juan Roa Sierra, el asesino. Parece que había estado

esperando a Gaitán junto a la puerta del Agustín Nieto. Esto no es seguro, claro. Después del crimen los testigos creyeron recordar que lo habían visto al entrar al edificio, subir y bajar por el ascensor más veces de lo normal. Les había llamado la atención, mejor dicho. Pero no es posible que estuvieran seguros: después de un hecho tan grave, uno empieza a creer que vio cosas, que algo le pareció sospechoso... Algunos dijeron después que Roa tenía un vestido gris de rayas, viejo y gastado. Otros, que el vestido era a rayas, pero carmelito. Otros no dijeron nada de ninguna raya. Hay que imaginarse la confusión, los gritos de todo el mundo, la gente corriendo. ¿Cómo iba nadie a darse cuenta de nada? En fin: Mendoza vio al asesino desde aquí, desde donde estamos nosotros. Lo vio bajar el revólver y apuntarle de nuevo a Gaitán, como para rematarlo. Según Mendoza, Roa no disparó. Otro testigo dijo que sí había disparado, que la bala había rebotado en el pavimento, así, y que casi había matado a Mendoza. Roa empezó a mirar para todas partes, a buscar por dónde huir. Ahí, en la esquina», dijo Pacho, moviendo la mano en el aire hacia la avenida Jiménez, «estaba un policía. Mendoza lo vio dudar un segundo, un segundo muy corto, y luego sacar su pistola para dispararle a Roa Sierra. Roa empezó a huir hacia el norte, hacia allá, mire».

«Estoy mirando».

«Entonces se volteó, como para amenazar a los que acompañaban a Gaitán, no sé si me entiende, como para cubrirse en su huida. Y ahí fue cuando la gente de la calle se le echó encima. Algunos dicen que también se le echó encima el policía, el que le iba a disparar o tal vez otro. Otros dicen que el policía se le acercó por detrás y lo encañonó, y ahí fue que Roa levantó los brazos y la demás gente se le echó encima. Otros más dicen que trató de cruzar la séptima hacia arriba, hacia el lado oriental. Lo agarraron ahí, en ese punto del andén, antes de que lo hiciera. Cuando los amigos de Gaitán vieron que habían agarrado al asesino, volvieron junto a Gaitán, para ver si podían ayudarlo. El sombrero se le había caído y estaba a un paso del cuerpo. El cuerpo estaba así», dijo

Pacho, trazando líneas horizontales en el aire. «Estaba paralelo a la calzada. Pero la confusión era tal que cada uno de sus amigos dio después una versión distinta. Unos, que Gaitán tenía la cabeza apuntando al sur y los pies al norte; otros, que todo lo contrario. Estaban de acuerdo en una cosa: que tenía los ojos abiertos y horriblemente quietos. Alguien, tal vez Vallejo, notó que le sangraba la boca. Alguien más gritó que trajeran agua. En la planta baja del edificio quedaba El Gato Negro, y de ahí salió una mesera con un vaso de agua. "Mataron a Gaitancito", parece que gritaba. La gente se le acercaba a Gaitán, se agachaba para tocarlo como quien toca a un santo: su ropa, su pelo. Entonces llegó Pedro Eliseo Cruz, que era médico, se agachó junto al cuerpo y le trató de tomar el pulso».

«¿Está vivo?», preguntó Alejandro Vallejo.

«Tú simplemente llama un taxi», dijo Cruz.

«Pero el taxi, un taxi negro, se había acercado sin que nadie tuviera que llamarlo», dijo Pacho. «La gente se peleaba para tener el derecho de levantar a Gaitán y meterlo al carro. Antes de que lo levantaran, Cruz alcanzó a notar una herida en la parte de atrás de la cabeza. Trató de revisar la herida, pero al moverle la cabeza a Gaitán, lo hizo vomitar sangre. Alguien le preguntó a Cruz cómo veía el asunto».

«Está perdido», dijo Cruz.

«Gaitán soltó una serie de quejidos», dijo Pacho. «Ruidos que eran como quejidos».

«Entonces estaba vivo», dije.

«Todavía, sí», dijo Pacho. «Otra mesera de otro de los cafés de por aquí, El Molino o El Inca, juró después que lo había oído decir: "No dejen que me muera". Pero yo no creo. Yo creo más en lo que dice Cruz: que Gaitán ya estaba más allá de toda ayuda. En ese momento apareció un tipo con una cámara y empezó a tomarle fotos».

«¿Cómo, Pacho?», dije. «¿Hay fotos de Gaitán aquí, después de los disparos?»

«Eso dicen, sí. Yo no las he visto, pero parece que sí. Mejor dicho: alguien las tomó, eso se sabe. Otra cosa es que hayan sobrevivido. Uno no se imagina que algo tan importante pueda haberse traspapelado, que se pueda haber perdido en un trasteo, por ejemplo. Pero es muy probable que así haya sido. De otra manera, ¿por qué no han llegado hasta nosotros? Claro, también es posible que alguien las haya destruido. Como sobre ese día hay tantos misterios... En fin: parece que eso fue lo que pasó. El fotógrafo se abrió paso entre la gente a empujones y empezó a tomarle fotos a Gaitán».

Uno de los testigos presentes se indignó. «El muerto no importa», le dijo al fotógrafo. «Retrate más bien al asesino».

«Pero el fotógrafo no lo hizo», dijo Pacho. «Ya la gente levantaba a Gaitán para meterlo al taxi. Cruz se subió con él y en el otro taxi, uno que había llegado detrás, se subieron los demás. Y todos arrancaron hacia el sur, hacia la clínica Central. Cuentan que en ese momento varias personas se agacharon en el lugar donde había estado el cuerpo, sacaron sus pañuelos y los empaparon en la sangre de Gaitán. Después llegó alguien con una bandera de Colombia para hacer lo mismo».

«¿Y Roa Sierra?», pregunté.

«A Roa Sierra lo agarró un policía, ¿se acuerda?»

«Sí. Ahí, al lado del edificio».

«Casi en la esquina. Roa Sierra estaba retrocediendo hacia la Jiménez cuando el policía lo cogió por detrás y le puso su pistola en las costillas».

«No me mate, mi cabo», dijo Roa.

Resultó ser un dragoneante que venía de servicio. Desarmó a Roa (le quitó una pistola niquelada y se la metió al bolsillo del pantalón) y lo tomó del brazo.

«Jiménez, se llamaba», dijo Pacho. «El dragoneante Jiménez de servicio por la avenida Jiménez: a veces pienso que a la historia le falta un poco de imaginación. Bueno, pues el dragoneante llevaba preso a Roa Sierra cuando un tipo de la calle se le echó encima y le

pegó, no sé si con el puño o con un cajón, y Roa Sierra se fue contra la vitrina del almacén que quedaba justo aquí». Pacho señaló la puerta contigua al edificio Agustín Nieto. «Este edificio se llamaba Faux, creo, y aquí estaba la vitrina que se reventó: una tienda Kodak, me parece, aunque no estoy seguro. No se sabe si por el golpe que le dieron o por el choque con la vitrina, pero Roa empezó a sangrar por la nariz».

Al ver que la gente empezaba a rodearlos, el dragoneante Jiménez buscó refugio. Caminó hacia el sur, pasando frente a la fachada del edificio. «Ése es», gritaba la multitud, «ése es el asesino del doctor Gaitán». El dragoneante, llevando a Roa del brazo, empezó a moverse hacia la puerta de la droguería Granada, pero en el breve recorrido no pudo evitar que los limpiabotas le lanzaran golpes con sus cajones de madera pesada.

«Roa estaba muerto de miedo», me dijo Pacho. «La gente que lo vio disparar, Vallejo y Mendoza, dijeron después que le habían visto una expresión terrible de odio en la cara: que habían visto el odio de un fanático. Todos dijeron también que en el momento de disparar, Roa se había comportado con total dominio de sí mismo. Pero después, cuando estaba ya rodeado de lustrabotas enfurecidos, cuando estaba ya recibiendo golpes y pensando, me imagino yo, que esa gente lo quería linchar... ahí ya no, ahí ya nada de fanatismo ni de autocontrol. Puro miedo. Fue tan impresionante el cambio que muchos pensaron que había dos tipos distintos, el fanático y el miedoso».

El asesino de Gaitán estaba pálido. Era un tipo de piel aceitunada y cara angulosa; llevaba el pelo lacio demasiado crecido y su afeitado mediocre le dibujaba sombras sucias en la cara. Su aspecto general era el de un perro callejero. Unos testigos dijeron que tenía pinta de mecánico o de artesano, y uno diría incluso que tenía una mancha de aceite en la manga del vestido. «¡Hay que linchar al asesino!», gritaba alguien. Con la nariz rota por un golpe, Roa se dejó llevar a empellones a la droguería Granada. Pascal del Vecchio, un amigo de Gaitán, le pidió al dueño de la droguería que

resguardara al asesino para que no lo lincharan. Metieron a Roa, que parecía resignado a su suerte y no oponía la menor resistencia, y lo vieron agacharse en un rincón de la droguería que no era visible desde la calle. Alguien bajó la persiana metálica. Uno de los empleados de la droguería se le acercó entonces.

«¿Por qué mató al doctor Gaitán?», le preguntó.

«Ay, señor», dijo Roa, «cosas poderosas que no le puedo decir».

«Empezaron a tratar de romper la persiana», dijo Pacho. «El dueño se asustó o prefirió que no le dañaran el local, y la terminó de abrir él mismo».

«La gente lo va a linchar», insistió el empleado. «Dígame quién lo mandó».

«No puedo», dijo Roa.

«Roa trató de esconderse detrás del mostrador, pero lo agarraron antes de que llegara al otro lado», dijo Pacho. «Se le echaron encima los lustrabotas y lo sacaron arrastrado. Pero antes de sacarlo a la calle, alguien encontró una zorra, ¿sabe?, uno de esos carritos de hierro que sirven para cargar cajas. Pues alguien agarró esa zorra y se la dejó caer encima a Roa. Yo siempre he creído que ahí Roa ya quedó inconsciente. La gente lo sacó a la calzada. Le seguían pegando: puños, patadas, cajonazos. Cuentan que alguien llegó y le clavó un bolígrafo varias veces. Lo empezaron a arrastrar hacia el sur, hacia el Palacio Presidencial. Hay una foto, una foto famosa que alguien tomó desde un piso elevado, cuando la turba iba más adelante, ya como por la plaza de Bolívar. Se ve a la gente que arrastra a Roa y se ve a Roa, o más bien su cuerpo muerto. En el arrastre ha perdido la ropa y está ya casi desnudo. Es una de las fotos más horribles que quedaron de ese día horrible. Roa ya estaba muerto ahí, y eso quiere decir que murió en algún momento del recorrido desde la droguería Granada. A veces se me ocurre que Roa murió al mismo tiempo que Gaitán. ¿Usted sabe a qué hora murió Gaitán exactamente? A la una y cincuenta y cinco. Cinco minutos para las dos de la tarde. No es imposible que haya muerto a la misma hora que su asesino, ¿verdad? No sé por qué es

importante, o mejor dicho, sé que no es importante, pero a veces pienso en eso. De aquí se llevaron a Roa Sierra. Aquí quedaba la droguería Granada y de aquí se lo llevaron. Tal vez al pasar por este punto donde estamos usted y yo ya estaba muerto. Tal vez murió después. No se sabe y no se sabrá nunca».

Pacho quedó en silencio. Abrió una mano y miró al cielo.

«Caray, está lloviznando», me dijo. «¿Necesita saber algo más?»

Estábamos a cinco pasos, no más, del lugar donde había caído un hombre anónimo pocas horas antes. Pensé en preguntarle a Pacho si lo sabía, pero luego me pareció una información superflua e inconducente, y aun irrespetuosa con este hombre que me había regalado sus conocimientos. Pensé que eran dos muertos muy distintos, Gaitán y ese hombre anónimo, y que los separaban además muchos años, y sin embargo sus dos manchas de sangre, la que la gente había recogido con pañuelos en 1948 y la que había ensuciado la punta de mi zapato en ese año de 1991, no eran en el fondo tan diferentes. No las unía nada salvo mi fascinación o mi morbo, pero eso era suficiente, pues el morbo o la fascinación eran tan fuertes como el rechazo visceral que ya comenzaba a sentir por la ciudad de esos años, la ciudad asesina, la ciudad cementerio, la ciudad donde cada esquina tiene su caído. Eso estaba descubriendo en mí con algo de espanto, la fascinación oscura por los muertos que pululaban en la ciudad: los muertos presentes y los pasados también. Ahí estaba yo, en la ciudad furiosa, yendo a buscar los lugares de ciertos crímenes justamente porque me horrorizaban, persiguiendo a los fantasmas de los muertos de muerte violenta justamente por miedo de ser un día uno de ellos. Pero eso no era fácil de explicar, ni siquiera a un tipo como Pacho Herrera.

«Nada más», le dije. «Gracias por todo».

Y lo vi perderse entre la gente.

Esa noche llegué a mi casa y escribí de un tirón las siete páginas de un cuento que repetía o trataba de repetir lo que me había

contado Pacho Herrera de pie sobre la carrera séptima, sobre el andén mismo donde la historia de mi país había dado un vuelco. No creo que lograra entender la manera en que el relato de Pacho había capturado mi imaginación, ni creo haberme dado cuenta de que en ello me acompañaban miles de colombianos de los cuarenta y tres años anteriores. El cuento no era bueno, pero era mío: no estaba escrito con la voz prestada de García Márquez ni de Cortázar ni de Borges, como tantos otros intentos que hice y haría por esa época, sino que guardaba, en su tono y en su mirada, algo que por primera vez me parecía propio. Se lo mostré a Pacho —un joven buscando aprobación de sus mayores— y en ese instante comenzó una nueva relación con él, una relación distinta, de más complicidad que antes, más basada en la camaradería que en la autoridad. Pocos días después, me preguntó si quería acompañarlo a la casa de Gaitán.

«¿Gaitán tiene una casa?»

«La casa donde vivía cuando lo mataron», dijo Pacho. «Ahora es un museo, claro».

Y allí llegamos una tarde de sol, a una casa grande de dos pisos a la que no he vuelto desde entonces, rodeada de verde (recuerdo un prado pequeño y un árbol) y ocupada enteramente por el fantasma de Gaitán. Abajo había una televisión vieja donde se repetía un documental sobre su vida, más allá unos parlantes que escupían grabaciones de sus discursos, y arriba, al salir de las escaleras amplias, se encontraba uno con la vitrina cuadrada de vidrio en que se erguía el vestido azul medianoche. Le di la vuelta a la vitrina, busqué los huecos de las balas en el paño, los encontré con un escalofrío. Más tarde busqué la tumba en el jardín y me quedé frente a ella un rato, recordando lo que me había contado Pacho, levantando la cara, viendo las hojas del árbol moverse con el viento y sintiendo en mi cabeza el sol de la tarde bogotana. Entonces Pacho salió, sin darme tiempo a despedirme de él, y se subió a un taxi que pasaba por la carrera. Lo vi cerrar la puerta, vi su boca moverse para dar una dirección y lo vi quitarse las gafas, como

hacemos para limpiarnos un polvo que nos ha entrado a los ojos, una pestaña que nos molesta, una lágrima que nos borronea la visión.

La visita al doctor Benavides se dio pocos días después de nuestra conversación. El sábado yo había pasado un par de horas en la rotonda de comidas de un centro comercial vecino, para romper en algo con la rutina alimentaria de la cafetería, y luego había perdido un rato más en la Librería Nacional, donde encontré un libro de José Avellanos que podría serme útil para la novela que estaba tratando de escribir en ratos robados. Era una historia picaresca y caprichosa sobre una posible visita de Joseph Conrad a Panamá, y con cada frase me daba cuenta de que la escritura sólo tenía un propósito: distraerme de mis angustias médicas o alejarme de ellas. Cuando volví a la habitación, M estaba en medio de uno de los exámenes que medían la intensidad de sus contracciones clandestinas: tenía el vientre cubierto de electrodos; de un robot apostado junto a la cama salía un murmullo eléctrico y se oía, sobre el murmullo, el barido delicado pero frenético de una plumilla que trazaba líneas de tinta en un papel diagramado. Con cada contracción las líneas se alteraban, se sacudían, como un animal cuyo sueño uno interrumpe. «Acaba de tener una», decía una enfermera. «¿Sí la sintió?» Y ella tenía que confesar que no, que tampoco esta vez la había sentido, y lo hacía molesta, como si absurdamente la irritara su propia insensibilidad. Para mí, en cambio, aquel papel rayado era uno de los primeros rastros que dejaban mis hijas en el mundo, y llegué a pensar en preguntarles a las enfermeras si me podía quedar con los diagramas o si me podían hacer una copia. Pero entonces me dije: ¿y si todo sale mal? ¿Y si sale mal el parto y las niñas no sobreviven o lo hacen en condiciones adversas, y no hay en el futuro nada que conmemorar, mucho menos celebrar? Esa posibilidad no había perdido vigencia

todavía; ni los doctores ni los exámenes la habían descartado. Así que las enfermeras se fueron sin que les pidiera nada.



«¿Qué tal el examen?», pregunté.

«Igual», dijo M con media sonrisa. «Estas dos están que se salen, parece que tuvieran una cita». Y luego: «Te dejaron algo. Ahí, en la mesa».

Era una postal que reconocí de inmediato, o más bien una fotografía del tamaño de una postal y con un mensaje escrito en su reverso. Su autor era Sady González, que no sólo había sido uno de los grandes fotógrafos del siglo xx, sino que pasaba ya por ser el testigo por excelencia del *Bogotazo*. Aquella era una de sus imágenes más conocidas. González la había tomado en la clínica Central, adonde llevaron a Gaitán para tratar de salvarle la vida. En la foto, ya los esfuerzos de los médicos han resultado inútiles, ya el herido ha sido pronunciado muerto, ya lo han arreglado un poco y

han permitido la entrada de extraños, de manera que Gaitán aparece cubierto con una sábana blanca —impecable, perturbadoramente blanca— y rodeado de gente. Algunos de los que lo rodean son los médicos: uno de ellos tiene la mano izquierda, donde lleva un anillo tosco, sobre el cuerpo de Gaitán, como para evitar que se caiga; otro, que podría ser Pedro Eliseo Cruz, está mirando al fondo, tal vez al policía que se asoma para salir en la foto (habrá intuido la importancia del momento). A la izquierda del marco está el doctor Antonio Arias, de perfil, mirando hacia ninguna parte con una expresión de abatimiento especial, o que a mí me resulta especial, porque el doctor Arias es el único que genuinamente parece no fijarse en el fotógrafo, cuya tristeza genuina parece impedirle ver lo que ocurre en la habitación. Entre todos está Gaitán, a quien alguien le alza un poco la cabeza —la posición no es natural — de manera que resulte bien visible en la foto, pues la foto fue tomada para eso, para dar testimonio de la muerte del caudillo, cuando para mí su logro era mucho mayor, pues lo que se veía en la cara de Gaitán era, como dice un verso que me gusta, el llano anonimato del dolor. No sé cuántas veces había visto esa imagen antes, pero allí, en la habitación de la clínica, junto a mi esposa acostada, me pareció ver por primera vez a la niña que está detrás de Gaitán, la que parece encargada de sostenerle la cabeza al muerto. Le mostré a M la foto y ella dijo que no, que era el hombre de gafas quien se la estaba sosteniendo, porque la niña tenía la mano cerrada y en un ángulo imposible y en todo caso inútil para sostener nada. Me hubiera gustado creer que tenía razón, pero no pude: veía la mano de la niña, la veía sosteniendo la cabeza de Gaitán, que parecía flotar sobre la sábana blanca, y eso me inquietaba.

En el reverso de la imagen, en tinta de Kilométrico (para que se adhiriera bien y no manchara la superficie plastificada), el doctor Benavides había escrito:

Estimado paciente:

Mañana domingo hago una comida en mi casa. Muy petit comité, se lo digo en francés para hacerme el culto. Lo espero a las 8 con muchas ganas de hablar de cosas que ya no le interesan a nadie. Yo sé que usted está ocupado con asuntos más importantes, pero le juro que voy a tratar de que valga la pena. Aunque sea a punta de whisky.

Un abrazo,

FB

Así fue como el día siguiente, 11 de septiembre, me encontré dirigiéndome al norte de Bogotá, donde la ciudad, deshilachada, comienza a convertirse en una azarosa alternancia de conjuntos cerrados y centros comerciales y luego, sin previo aviso, en un gran lote baldío, roto aquí y allá por construcciones de dudosa legalidad. En la radio hablaban de los atentados del año 2001 en Nueva York, y los locutores y comentaristas hacían lo que después se volvería costumbre con cada aniversario: recordar dónde estaban en ese momento. ¿Dónde estaba yo cuatro años atrás? En Barcelona, terminando de almorzar. No tenía televisión por esa época, de manera que no me enteré de nada hasta que Enrique de Hériz me llamó por teléfono: «Te vienes ya mismo a casa», me dijo. «Se está cayendo el mundo». Y ahora yo avanzaba por la carrera novena hacia el norte y la emisora pasaba grabaciones de ese día: la narración de los hechos mientras estaban sucediendo, las declaraciones llenas de estupefacción y de cólera tras el desplome de la primera torre, las reacciones de los políticos incapaces de mostrar verdadera indignación ni siquiera en un caso como éste. Uno de los comentaristas dijo que se lo habían ganado. «¿Quiénes?», dijo otro, tan sorprendido como yo. «Los Estados Unidos», dijo el primero. «Por décadas de imperialismo y de humillación. Al final, alguien les contestó». En ese momento yo llegaba ya a la dirección indicada, pero en mi mente ya no estaban las señas que Benavides me había dado para llegar a su casa, sino mi visita a Nueva York ocho meses después de los atentados, mis

entrevistas con gente que había perdido a alguien y mi experiencia del dolor de una ciudad que reaccionó ante los ataques con solidaridad y entereza. El locutor seguía hablando. En mi cabeza se formaban respuestas desordenadas, y sólo atiné a decir, en voz alta pero para nadie: «Pobre hijueputa».

El doctor me esperaba llenando con su figura el vano de la puerta. Aunque apenas me llevaba una media cabeza de estatura, sentí que era uno de esos hombres que caminan con la cabeza gacha para no pegarse con los travesaños. Tenía gafas de marco de aluminio y cristales teñidos, quizás de aquellos que cambian de tono dependiendo de la intensidad de la luz, y allí, en el umbral, bajo las nubes veloces que pasaban sobre nuestras cabezas, me pareció un espía de novela, una suerte de Smiley un poco más corpulento y, sobre todo, más melancólico. A sus escasos cincuenta años, mal protegido del frío de las tardes bogotanas con un viejo suéter abierto, Benavides me dio la impresión de un hombre cansado. El dolor ajeno puede desgastarnos de maneras más o menos sutiles; Benavides se había pasado muchos años de su vida lidiando con él, compartiendo con enfermos su sufrimiento y su miedo, y esa compasión le había minado las energías. Fuera de su ámbito de trabajo, los hombres envejecen de maneras repentinasy a veces achacamos su envejecimiento a lo primero que encontramos a mano: lo que conocemos de su vida, la desgracia que hemos seguido de lejos, la enfermedad de la que alguien nos habló. O, como en el caso de Benavides, los rasgos particulares de su oficio, que yo conocía lo bastante como para admirarlo a él, o más bien admirar su dedicación a los otros y lamentar el hecho de no ser como él era.

«Llega temprano», me dijo el doctor. Me hizo seguir al patio interior, cuya claraboya todavía dejaba entrar la luz ladeada de la tarde; en pocos minutos de conversación emocionada me volvió a hablar de mi novela, me preguntó por mi esposa y por los nombres posibles de mis hijas y me dijo que él, por su parte, tenía dos hijos veinteañeros, un hombre y una mujer; enseguida me contó que la

banca donde yo estaba sentado era una traviesa de ferrocarril a la que él mismo le había puesto patas, y luego señaló la pared y me explicó que aquellos ganchos eran los tornillos (ignoro su nombre técnico) que correspondían a esa traviesa. La silla que ocupaba él, contó enseguida, había salido de un hotel de Popayán que se cayó durante el terremoto de 1983, y el único adorno de la mesa de centro era parte de la hélice de un barco mercante. «Todavía no sé cómo me aguantan estas cosas, pero me las aguantan», dijo. Luego he pensado que en ese momento el doctor estaba poniéndome a prueba: averiguando si yo compartía aquel interés irracional por los objetos del pasado, esos fantasmas silenciosos.

«Bueno, vamos para adentro, que nos cogió el sereno», dijeron entonces sus facciones ya invisibles o borroneadas en la media penumbra. «Parece que por fin comenzó a llegar la gente».

Resultó que el *comité* no era tan *petit* como había sugerido Benavides. La casa pequeña estaba llena de invitados, la mayoría de la edad de mi anfitrión; eran, pensé sin ninguna prueba, colegas suyos. La gente se agolpaba alrededor de la mesa del comedor, cada uno con un plato en la mano, guardando el precario equilibrio mientras se servían más carnes frías, o atacaban la ensalada de papa, o trataban de domar unos espárragos indóciles que se caían de los tenedores. Unos parlantes invisibles susurraban la voz de Billie Holiday o de Aretha Franklin. Benavides me presentó a su esposa: Estela era una mujer pequeña, de huesos duros y nariz de árabe, cuya sonrisa generosa compensaba de alguna manera la ironía permanente de su mirada. Después dimos una vuelta por la habitación (por su aire ya enrarecido de humo), pues Benavides quiso presentarme a algunos de los comensales. Comenzó por un hombre de gafas gruesas muy parecido, pensé, al que le sostiene la cabeza a Gaitán en la fotografía, y otro pequeño, calvo y de bigote, que debió esforzarse para soltarle la mano a su mujer de pelo pintado y permitirle que me saludara. «Un paciente mío», decía Benavides para presentarme, y pensé que le divertía lanzar esa mentira sin importancia. Yo, mientras tanto, había comenzado a

sentirme incómodo o desasosegado, y no me costó mucho descubrir la razón: alguna parte de mi conciencia había comenzado a preguntarse cómo estaría mi familia todavía futura, esas niñas que crecían con riesgos en el vientre de mi esposa. Allí, dando vueltas en casa de Benavides, comencé a sentir una ansiedad novedosa; me pregunté si en esto —en esta repentina sensación de soledad, esta convicción supersticiosa de que las peores cosas pasan en nuestra ausencia— consistía la paternidad; y lamenté haber venido a decir banalidades en sociedad en lugar de quedarme con M para hacerle compañía y ayudar en lo que pudiera. Alguien, a mis espaldas, estaba recitando unos versos:

Esta rosa fue testigo
De ese que, si amor no fue,
Ningún otro amor sería.
¡Esta rosa fue testigo
De cuando te diste mía!

Era el peor poema de León de Greiff, o en todo caso el que más indigno de su obra fantástica me ha parecido siempre, pero el que conocen invariablemente todos los colombianos y el que no tarda en aflorar —nunca mejor dicho— en ciertas reuniones. Al parecer, la reunión en casa de Benavides era de ese tipo. Y otra vez lamenté haber venido. Debajo de un helecho colgante, junto a la puerta corrediza que daba al pequeño jardín, ya negro en la noche, había dos armarios de puertas cristaleras que me llamaron la atención de inmediato, pues los objetos que contenían estaban dispuestos como piezas en exhibición. Me detuve frente a las puertas, mirándolas sin verlas, con la intención inicial de escapar a las obligaciones sociales que ocurrían a mis espaldas. Pero poco a poco el contenido de los armarios fue ganando mi curiosidad. ¿Qué era todo esto?

«Eso es un caleidoscopio de cobre», dijo Benavides. Había llegado silosamente a mi lado y parecía haber oído mis pensamientos, tal vez por estar acostumbrado a que los visitantes primerizos se detuvieran frente al armario y comenzaran a hacer preguntas. «Eso es el aguijón de verdad de un escorpión del

Amazonas. Eso es un revólver LeMat de 1856. Eso es el esqueleto de una serpiente de cascabel. Pequeñita, es verdad, pero ya sabe usted que el tamaño no importa».

«Su museo privado», dije.

Me miró con evidente satisfacción. «Más o menos», dijo. «Son cosas que he acumulado con el tiempo».

«No, me refiero a la casa entera. La casa entera es su museo».

Aquí Benavides sonrió con una sonrisa amplia y señaló la pared que había encima del mueble: dos marcos la adornaban (aunque ignoro si uno debería hablar de adornos en este caso, pues la intención de aquellos objetos no era estética). «Eso es la cubierta de un disco de Sidney Bechet», dijo Benavides. Bechet había dejado allí su firma y la fecha: 2 de mayo de 1959. «Y eso», dijo señalando un mueble pequeño que estaba casi oculto junto al armario, «eso es una balanza que me trajeron una vez de China».

«¿Es original?», pregunté estúpidamente.

«Hasta la última pieza», me dijo Benavides. Era un aparato bellísimo: tenía un marco de madera tallada, y del travesaño colgaba la *T* invertida con los dos cuencos. «¿Ve esa caja lacada? Ahí tengo los pesos de plomo, la cosa más linda que hay. Mire, le quería presentar a alguien».

Sólo en ese momento me di cuenta de que estaba acompañado. Detrás de mi anfitrión, como oculto por timidez o prudencia, esperaba un hombre de piel pálida que sostenía en la mano izquierda un vaso de agua con gas. Tenía grandes bolsas bajo los ojos, a pesar de que no parecía, por lo demás, mucho mayor que Benavides, y de su rara indumentaria —chaqueta de pana marrón, camisa de cuello alto y almidonado— lo que atraía la mirada era un foulard rojo, de un rojo intenso, un rojo casi refulgente, un rojo como el rojo de la capa de un torero. El hombre del foulard rojo estiró una mano blanda y húmeda y se presentó con voz baja, tal vez insegura, tal vez afeminada: el tipo de voz que obliga a los demás a acercarse para entender.

«Carlos Carballo», dijo aliterativamente el personaje. «Para servirle».

«Carlos es un amigo de la familia», dijo Benavides. «Viejo, viejísimo. Yo ya ni me acuerdo de cuando él no estaba por aquí».

«Es que primero fui amigo de su papá», dijo el hombre.

«Primero alumno, después amigo», dijo Benavides. «Y después amigo mío. Una herencia, mejor dicho, como un par de zapatos».

«¿Alumno?», pregunté. «¿Alumno de qué?»

«Mi padre era profesor en la Nacional», dijo Benavides. «Daba Ciencias Forenses a los abogados. Un día le cuento cosas, Vásquez. El hombre tenía más de una anécdota».

«Más de una», dijo o corroboró Carballo. «Era el mejor profesor del mundo, si viera. Yo creo que nos cambió la vida a varios». Puso una cara solemne y me pareció que incluso se empinaba para decir estas palabras: «Una mente de primer orden».

«¿Cuándo murió?», pregunté.

«En el 87», dijo Benavides.

«Van a ser veinte años», dijo Carballo. «Cómo pasa el tiempo».

Me inquietó que alguien capaz de ponerse ese foulard —esa afrenta de seda fina— fuera también capaz de hablar en frases hechas y en lugares comunes. Pero Carballo era, evidentemente, un tipo impredecible; quizá por eso me interesó más que el resto de los invitados, y no rehuí su compañía ni me inventé una excusa para escapar de esa esquina. Saqué el teléfono del bolsillo, confirmé la intensidad de sus pequeñas líneas negras y la ausencia de llamadas perdidas y lo volví a guardar. Alguien llamó entonces la atención de Benavides. Miré hacia donde él miraba y me encontré a Estela, que movía los brazos en el otro extremo del salón (y las mangas de su blusa suelta se recogían y sus brazos se veían pálidos como el vientre de una rana). «Ya vengo», dijo Benavides. «Una de dos: o mi señora se está ahogando, o hay que ir por más hielo». Carballo estaba hablando ahora de la falta que le hacía el maestro —así lo llamaba ahora, *maestro*, y quizás en su cabeza la palabra venía con mayúscula—, sobre todo en esos momentos en que uno necesita

quién le enseñe a leer la verdad de las cosas. La frase fue una joya encontrada en el barro: por fin algo que combinaba con el foulard.

«¿Leer la verdad de las cosas?», pregunté. «¿A qué se refiere?»

«Uf, me pasa todo el tiempo», dijo Carballo. «¿A usted no?»

«Qué cosa».

«No saber qué pensar. Necesitar a alguien que lo oriente. Como hoy, por ejemplo. Yo venía en el carro oyendo radio, usted sabe, los programas de la tarde. Y estaban hablando del 11 de septiembre».

«Yo también lo venía oyendo», dije.

«Y yo pensaba: cuánta falta nos hace el maestro Benavides. Para que nos ayude a ver la verdad oculta detrás de la manipulación política, detrás de la complicidad criminal de los medios. Él no se hubiera tragado el cuento. Él hubiera sabido descubrir el engaño».

«¿Qué engaño?»

«Todo esto es un engaño, no me diga que usted no se da cuenta. Lo de Al Qaeda. Lo de Bin Laden. Pura mierda, con perdón. Estas cosas no pasan así. ¿Alguien cree que unos edificios como las Torres Gemelas se pueden caer así no más, porque se les clava un avión? No, no: esto fue un trabajo desde dentro, una demolición controlada. El maestro Benavides se hubiera dado cuenta a la primera».

«A ver, a ver», dije, a medio camino entre el interés y el morbo. «Explíqueme lo de la demolición».

«Es muy sencillo. Unos edificios como éhos, de líneas perfectamente rectas, sólo se caen como se cayeron las torres si alguien los hace explotar desde abajo. Hay que quitarles las piernas, no pegarles en la cabeza. Las leyes de la física son las leyes de la física: ¿o cuándo ha visto usted que un árbol se caiga cuando se le corta la copa?»

«Pero es que un edificio no es un árbol. Los aviones se estrellaron, el incendio se propagó y afectó la estructura, las torres se cayeron. ¿No fue así?»

«Bueno», dijo Carballo. «Si usted se lo quiere creer». Tomó un sorbo. «Pero un edificio así no se cae entero, no se cae tan

perfectamente. El derrumbe de las torres fue como de propaganda, no me diga que no».

«Eso no quiere decir nada».

«No, claro que no», suspiró Carballo. «No quiere decir nada si uno no quiere verlo. Definitivamente no hay peor ciego que el que no quiere ver».

«No me hable con refranes bobos», le dije. No sé de dónde me salió esa rara descortesía. Me desagrada la irracionalidad voluntaria y no soporto a la gente que se esconde detrás del lenguaje, sobre todo si se trata de las mil y una fórmulas que el lenguaje se ha inventado para proteger nuestra tendencia humana a creer sin pruebas. Aun así, trato de controlar mis peores impulsos, y eso fue lo que hice entonces. «Yo me dejo convencer si usted me convence, pero hasta ahora no me ha convencido de nada».

«O sea que no le parece raro todo».

«¿Raro qué? ¿El modo en que se cayeron las torres? No estoy seguro. No soy ingeniero, no sabría...»

«No sólo eso. Que justo esa mañana la Fuerza Aérea no estuviera lista. Que justo esa mañana el sistema de defensa del espacio aéreo estuviera apagado. Que los ataques hayan llevado directamente a una guerra tan necesaria, o que era tan necesaria en ese momento para mantener el *statu quo*».

«Pero son dos cosas distintas, Carlos, no me diga que se lo tengo que explicar», dije. «Una cosa es que Bush haya usado el atentado como pretexto para una guerra que quería lanzar desde hacía rato. Otra cosa es que haya permitido la muerte de tres mil civiles».

«Justamente, eso es lo que parece. Parecen cosas distintas. Éste es el gran éxito de esta gente: hacernos creer que van separadas cosas que en realidad están bien juntitas. Hoy en día, sólo un ingenuo cree que la princesa Diana murió en un accidente».

«¿La princesa Diana? Pero qué tiene que ver...»

«Sólo un ingenuo cree que no hay puntos en común entre su muerte y la de Marilyn. Pero hay algunos que vemos claro».

«Ay, no diga bobadas», escupí. «Eso no es clarividencia, eso es ociosidad».

Benavides se acercaba a nosotros en ese momento, y alcanzó a oír esta última frase. Sentí vergüenza, pero no encontré palabras para disculparme. Era exagerada mi irritación, por supuesto, y no tuve muy claro qué mecanismo la había producido: por más impaciencia que me provocaran los que leen el mundo entero en clave de conspiración, no se justificaba la descortesía. Recordé una novela de Ricardo Piglia en la cual se dice que hasta los paranoicos tienen enemigos. El contacto sostenido con las paranoias ajenas, que son multiformes y yacen agazapadas detrás de las personalidades más tranquilas, nos trabaja sin que nos percatemos de ello, y uno, si se descuida, puede acabar invirtiendo sus fuerzas en discusiones tontas con gente que dedica su vida a conjeturas irresponsables. O quizás estaba siendo injusto con Carballo: quizás Carballo era tan sólo un hábil recitador de informaciones obtenidas en las cloacas de Internet, o bien uno de esos hombres que tienen una adicción involuntaria a la provocación más o menos sutil, al escándalo de gente fácilmente impresionable. O bien todo era todavía más simple: Carballo era un hombre quebrantado, y sus creencias eran mecanismos de defensa contra lo impredecible de la vida: esa vida que de alguna manera insondable le había hecho daño.

Benavides se había percatado del mal ambiente; también de que el mal ambiente podía transformarse, después de mi reacción grosera, en otra cosa. Me alargó entonces un vaso de whisky, disculpándose al entregármelo: «Me demoré tanto atravesando la casa, que ya la servilleta está mojada». Recibí el vaso sin hablar y sentí en la mano su peso macizo, sus duras aristas de cristal. Carballo tampoco decía nada: miraba al suelo. Luego de un silencio largamente incómodo, Benavides dijo: «Carlos, adivine de quién es sobrino Vásquez».

Carballo se prestó de mala gana al juego: «De quién», dijo.
«De José María Villarreal», dijo Benavides.

Los ojos de Carballo se movieron, o eso me pareció a mí. No puedo decir que se hayan abierto, según la expresión convencional de sorpresa o admiración que hemos llegado a aceptar, pero hubo algo en ellos que me interesó: no por lo que demostraba, eso también lo tengo que aclarar, sino por el intento evidente de no demostrarlo demasiado. «¿José María Villarreal era tío suyo?», dijo Carballo. Estaba de nuevo alerta, igual que cuando hablaba de las Torres Gemelas, mientras yo me preguntaba cómo sabía Benavides de ese parentesco. No era demasiado sorprendente, sin embargo, porque mi tío José María Villarreal había sido un miembro importante del Partido Conservador, y en la política colombiana todos conocen siempre a todos. De cualquier forma, ese parentesco era el tipo de información que habría podido o aun debido surgir en el curso de nuestra primera conversación, en la cafetería del hospital. ¿Por qué no lo había mencionado Benavides? ¿Por qué le interesaba ese parentesco a Carballo? No pude saberlo entonces. Era evidente que Benavides, mencionando a mi tío, intentaba neutralizar la hostilidad que había encontrado al llegar. Era evidente, también, que lo había logrado de inmediato.

«¿Y se conocieron?», preguntó Carballo. «Usted y su tío, digo. ¿Lo conoció mucho?»

«Menos de lo que hubiera querido», dije. «Yo tenía unos veintitrés años cuando se murió».

«¿De qué murió?»

«No sé. De muerte natural». Miré a Benavides. «¿Y cómo es que lo conocen ustedes?»

«Cómo no lo íbamos a conocer», dijo Carballo. Ya no estaba encorvado; su voz había recuperado la vivacidad de antes; nuestro choque nunca había tenido lugar. «Francisco, traiga el libro y le mostramos».

«Ahora no, hombre. Estamos en mitad de la reunión».

«Traiga el libro, por favor. Hágalo por mí».

«¿Qué libro?», pregunté.

«Tráigalo y le mostramos», dijo Carballo.

Benavides hizo una mueca cómica, como la de un niño cuando tiene que ir a hacer un recado que es en realidad un capricho de sus padres. Se perdió en la habitación vecina y volvió enseguida: no le había costado mucho encontrar el libro en cuestión, acaso por estar leyéndolo en ese momento, acaso por tener su biblioteca un orden riguroso que le permitía ubicar un título sin recorrer los estantes, sin pasear dedos inciertos por los impacientes lomos. Reconocí la caja de cartón rojo mucho antes de que el doctor se la entregara a Carballo: era *Vivir para contarla*, el tomo de memorias que García Márquez había publicado tres años atrás, y cuyos ejemplares inundarían en esos instantes todas las bibliotecas colombianas y buena parte de las otras. Carballo recibió el libro y comenzó a buscar la página que le interesaba, y antes de que la hubiera encontrado ya la memoria (y el instinto) me habían dictado lo que me mostraría. Habría debido adivinarlo antes: íbamos a hablar del 9 de abril.

«Sí, aquí está», dijo Carballo.

Me pasó el libro y me señaló con el dedo el pasaje: estaba en la página 352 de aquella edición que también era la que yo tenía en mi casa de Barcelona. En el capítulo en cuestión, García Márquez recordaba el asesinato de Gaitán, que lo había sorprendido en Bogotá, estudiando Derecho sin vocación ninguna y viviendo a salto de mata en una pensión de la carrera octava, en el centro de la ciudad, a menos de doscientos pasos del lugar donde Roa Sierra disparó sus cuatro tiros fatídicos. Hablando de las asonadas, las conflagraciones y el caos violento y general que el asesinato provocó (así como de los esfuerzos que hacía el gobierno conservador para preservar el control), García Márquez escribía: «En el vecino departamento de Boyacá, famoso por su liberalismo histórico y su conservatismo ríspido, el gobernador José María Villarreal —godo de tuerca y tornillo— no sólo había reprimido a horas tempranas los disturbios locales, sino que estaba despachando tropas mejor armadas para someter la capital». *Godo de tuerca y tornillo*: las palabras de García Márquez sobre mi tío

eran incluso amables, pues se trataba del hombre que, por orden del presidente Ospina, había conformado un cuerpo de Policía cuyos miembros eran escogidos con el único criterio de su filiación conservadora. Poco antes del 9 de abril esa Policía demasiado politizada ya se había salido de madre, y pronto se convirtió en un organismo represor de consecuencias nefastas.

«¿Usted sabía de esto, Vásquez?», me preguntó Benavides.
«¿Sabía que aquí se habla de su tío?»

«Sabía, sí», dije.

«Godo de tuerca y tornillo», dijo Carballo.

«Nunca llegamos a hablar de política», dije.

«¿No? ¿Nunca hablaron del 9 de abril?»

«No que yo recuerde. Había anécdotas, eso sí».

«Ah, esto me interesa», dijo Carballo. «¿Verdad, Francisco, que esto nos interesa?»

«Verdad», dijo Benavides.

«A ver, cuente», me dijo Carballo.

«Bueno, no sé. Hay varias cosas. Está esa vez que lo visitó un amigo liberal a la hora de la comida. “Chepe querido”, le dijo, “necesito que te vayas a dormir a otra parte”. “¿Por qué?”, preguntó mi tío. Y el amigo liberal le dijo: “Porque esta noche te vamos a matar”. Me contó de cosas así, de los atentados que le hicieron».

«¿Y del 9 de abril?», preguntó Carballo. «¿Nunca le habló del 9 de abril?»

«No», dije. «Dio algunas entrevistas, creo, nada más. Yo no hablé con él».

«Pero él seguramente sabía un montón de cosas, ¿no?»

«¿Qué tipo de cosas?»

«Pues él era gobernador de Boyacá ese día. Esto lo sabe todo el mundo. Recibió informaciones y por eso mandó a la Policía a Bogotá. Uno se imagina que después se siguió enterando de lo que había pasado. Habrá hecho preguntas, habrá hablado con el gobierno, ¿no es verdad? Y en su larga vida habrá hablado con

muchas gente, se imagina uno, habrá sabido muchas cosas de esas que pasan, cómo decirlo, fuera del ojo público».

«No sé. Nunca me lo dijo».

«Ya veo», dijo Carballo. «Mire, ¿y su tío no le habló nunca del hombre elegante?»

No me estaba mirando cuando me hizo esa pregunta. Lo recuerdo bien porque yo, por mi parte, busqué la mirada de Benavides, y la encontré ausente o más bien escabullida: la encontré esforzándose por fingir distracción, como si la conversación hubiera dejado de repente de interesarse. Luego he entendido que en ese segundo le interesaba más que nunca, pero yo no tenía razones para sospechar intenciones ocultas en aquel diálogo de apariencias casuales.

«¿Qué hombre elegante?», pregunté.

Los dedos de Carballo volvieron a agitarse sobre las páginas de *Vivir para contarla*. No tardaron mucho en encontrar lo que buscaban.

«Lea», me dijo Carballo, poniendo la yema del índice derecho sobre una palabra. «Desde aquí».

Después de asesinar a Gaitán, contaba García Márquez, Juan Roa Sierra fue perseguido por una turba furiosa, y no tuvo más remedio que esconderse en la droguería Granada para evitar que lo lincharan. Lo acompañaban allí algunos policías y el dueño de la droguería, de manera que Roa Sierra debió de creerse a salvo. Entonces comenzó a ocurrir lo imprevisto. Un hombre de *traje gris de tres piezas y modales de duque británico* azuzaba a la multitud, y sus palabras eran tan efectivas, y su presencia tuvo tanta autoridad, que el propietario de la droguería abrió la persiana de hierro y permitió que los emboladores entraran a la fuerza, a golpes de cajón, y se llevaran al asesino aterrorizado. Allí mismo, en plena carrera séptima, ante los ojos de los policías y bajo las arengas del hombre elegante, lo mataron a golpes. El hombre elegante —con su traje de tres piezas y sus modales de duque británico— empezó a gritar: «¡A Palacio!» García Márquez escribe entonces:

«Cincuenta años después, mi memoria sigue fija en la imagen del hombre que parecía instigar al gentío frente a la farmacia, y no lo he encontrado en ninguno de los incontables testimonios que he leído sobre aquel día. Lo había visto muy de cerca, con un vestido de gran clase, una piel de alabastro y un control milimétrico de sus actos. Tanto me llamó la atención que seguí pendiente de él hasta que lo recogieron en un automóvil demasiado nuevo tan pronto como se llevaron el cadáver del asesino, y desde entonces pareció borrado de la memoria histórica. Incluso de la mía, hasta muchos años después, en mis tiempos de periodista, cuando me asaltó la ocurrencia de que aquel hombre había logrado que mataran a un falso asesino para proteger la identidad del verdadero».

«*Para proteger la identidad del verdadero*», repitió Carballo al mismo tiempo que lo hacía yo, de manera que sonamos como un mal coro en medio del barullo de la reunión. «Qué raro, ¿no le parece?»

«Raro, sí», dije.

«Lo dice García Márquez, no cualquier pendejo. Y lo dice en sus memorias. No me diga que no es raro. No me diga que no hay algo ahí, en ese tipo. En el hecho de que se lo haya tragado el olvido».

«Claro que hay algo», dije. «Un asesinato que todavía no se ha resuelto. Un asesinato rodeado de teorías conspirativas. No me sorprende que esto le parezca tan interesante, Carlos: ya he visto que éste es su mundo. Pero no sé si uno deba tomarse el párrafo suelto de un novelista como si fuera la verdad revelada. Por más García Márquez que sea».

Carballo, más que decepcionado, estaba molesto. Dio un paso atrás (hay desacuerdos tan fuertes que nos sentimos agredidos, y poco nos falta para subir los puños como un boxeador), cerró el libro y, todavía sin soltarlo ni devolverlo a su caja roja, cruzó las manos detrás de la espalda. «Ya veo», dijo en tono sarcástico. «¿Y usted qué opina, Francisco? ¿Cómo hago yo para salirme de este mundo mío donde todos estamos locos?»

«Bueno, Carlos, no se ponga digno. Lo que quiere decir...»

«Yo sé muy bien lo que quiere decir. Ya me lo dijiste: que soy un ocioso».

«No, no. Perdóname por eso», dije. «Eso no es...»

«Pero hay quienes piensan lo contrario, ¿verdad, Francisco? Hay quienes pueden ver donde los otros son ciegos. No en su mundo, Vásquez. En su mundo sólo hay coincidencias. Es una coincidencia que las torres se hayan caído cuando no tenían por qué caerse. Es una coincidencia que estuviera presente frente a la droguería Granada un hombre capaz de hacer que la abrieran sin siquiera tener que pedirlo. Es una coincidencia que el nombre de su tío aparezca catorce páginas después de ese incidente».

«Ahora sí que no le entiendo», dije. «¿Qué tiene que ver mi tío con el tipo ese?»

«Yo no sé», dijo Carballo. «Y usted tampoco, porque nunca le preguntó nada. Porque nunca habló con su tío del 9 de abril. Porque no sabe si su tío habrá conocido al hombre que hizo abrir la droguería Granada. ¿No le interesa saber eso, Vásquez? ¿No le interesa saber quién era ese tipo que hizo matar a Juan Roa Sierra a la vista de todo el mundo, que luego se montó en un carro de lujo y desapareció para siempre? Estamos hablando de lo más grave que le ha pasado a su país y a usted parece que no le importara. Un pariente suyo participó en ese momento histórico y pudo saber quién fue el tipo, todo el mundo en esa época se conocía. Y a usted parece que eso le importa un carajo. Todos ustedes son iguales, hermano: se van a vivir a otra parte y se les olvida el país. O tal vez no, ahora que lo pienso. Tal vez usted sólo está protegiendo a su tío. Tal vez no se le olvidó nada, sino que sabe muy bien lo que pasó. Sabe muy bien que su tío organizó la Policía boyacense. Sabe muy bien que esa Policía se convirtió después en una Policía asesina. ¿Qué siente cuando piensa en eso? ¿Se preocupa por informarse bien? ¿Se ha preocupado? ¿O le importa un carajo, piensa que todo eso no es con usted, que todo eso pasó un cuarto de siglo antes de que usted naciera? Sí, seguramente eso es lo que piensa usted, que estas vainas son vainas de otros, problemas de otros y no suyos.

¿Pues sabe qué? Me alegra que el destino los haya obligado a parir aquí. Mejor dicho, a su esposa: me alegra que tenga que parir aquí. Para que su país le dé una lección, por egoísta. Para que de pronto sus hijas le acaben dando a usted una lección de lo que es ser colombiano. Claro, si es que nacen bien, ¿no? Si es que no se le mueren ahí mismo, como unos gatos entecados. Eso también sería una lección, ahora que lo pienso».

Lo que pasó entonces lo recuerdo entre brumas. Recuerdo, sí, que al segundo siguiente ya no tenía yo mi vaso de whisky en la mano; al siguiente, me había dado cuenta de habérselo arrojado a la cara a Carballo, y recuerdo bien el estrépito del vaso al reventarse contra el suelo y recuerdo también a Carballo arrodillado, cubriendose la cara con las manos, sangrando por la nariz rota y la sangre manchando el foulard, rojo sobre rojo, rojo oscuro (la negra sangre, le decían los griegos) sobre rojo refulgente de muleta de torero, y también bajando por el filo de su mano izquierda, ensuciándole el puño de la camisa y la correa del reloj, que recuerdo de tela blanca y por lo tanto más vulnerable a las manchas que una de cuero. Recuerdo los gritos de dolor de Carballo, o tal vez de miedo: hay gente a quien la vista de la sangre causa esos efectos. Recuerdo también a Benavides tomándome del brazo con una mano fuerte, llena de autoridad y también de decisión (ha pasado casi una década, pero la presión de esa mano en mi brazo sigue viva todavía, es todavía sensible), y conduciéndome a través del salón, cuyos habitantes se apartaban para dejarnos pasar entre miradas de estupefacción o abierta condena, y por el rabillo del ojo alcancé a ver a Estela, mi anfitriona, que corría hacia el hombre herido con una bolsa de hielo en la mano, y a otra mujer, tal vez la empleada de la casa, que llevaba una escoba y un recogedor con expresión de irritación o impaciencia. Tuve tiempo de pensar que Benavides me estaba echando de su casa. Tuve tiempo de lamentarlo, sí, de lamentar el final de una relación que no era de amistad pero que hubiera podido serlo, y en un fogonazo de culpa imaginé la escena de la puerta abierta y el empujón afuera de la casa. Me sentía

cansado y tal vez había bebido un trago más de lo conveniente, aunque no lo creo, pero a través de mi entendimiento adormilado estaba dispuesto a aceptar las consecuencias de mis actos, de manera que empecé a redactar rápidamente en mi cabeza frases de excusas o justificaciones, y creo que había comenzado a pronunciarlas cuando me percaté de que Benavides no me estaba conduciendo a la puerta principal de la casa, sino al vano de las escaleras. «Suba, abra la primera puerta de la izquierda, enciérrese y espéreme», me dijo, poniéndome en la mano un llavero. «No le abra a nadie más. Yo lo alcanzo apenas pueda. Creo que tenemos mucho de qué hablar».